

## Yo y el ladrón

Cuando el señor Garamendi se fue de vacaciones me dijo:

—Hombre, usted que no tiene nada que hacer, hágame el favor de echar, de cuando en cuando, un ojo a mi casa.

No es cierto que no tenga nada que hacer, y el señor Garamendi lo sabe perfectamente; pero cree que cuando uno no sale de vacaciones y no es por causa de algún gran negocio, es para dedicarse totalmente al descanso sin buscar los billetes ni cargar con la familia. Sólo le pregunté:

—¿Qué entiende usted exactamente por "echar un ojo"?

—Creo que está bien claro —contestó de mal humor.

—¿Debo pasearme por las habitaciones de su casa con un ojo abierto, mirando sucesivamente los muebles, los...? ...?

—No. ¡Qué tontería! Quiero que usted pase algún día frente al edificio y vea si siguen cerradas las persianas, y que le pregunte al portero si hay novedad y hasta que suba a tantear la puerta. Usted no sabe nada de estos asuntos; pero en el mundo hay muchos ladrones, y entre ladrones existe una variedad que trabaja especialmente durante el verano. Se enteran de cuáles son los pisos que han quedado sin moradores, y los roban sin prisa y cómodamente. Algunas veces se quedan allí dos o tres días, viviendo de lo que encuentran, durmiendo en las magníficas camas de los señores, eligiendo lo que vale y lo que no vale la pena de llevarse. No hay defensa contra ellos. La primera noticia que se tiene es el desorden que se advierte en la casa al volver, cuando ya es tarde.

—Bueno —dije, bostezando—, pues prometo echar ese ojo.

La verdad es que no pensaba hacerlo. Garamendi abusa un poco de mí con sus órdenes molestosas desde que me hizo dos o tres favores que él recuerda mejor que yo. Luego... luego me molesta con sus gabanes, con sus puros, con sus gafas, con su vientre, con sus muelas de oro. Cuando descubro un nuevo defecto en él, tengo un placer íntimo. Y eso de tener miedo a los ladrones me pareció otra tontería suya.

Pasaron los días: me recreé en el calor de Madrid, me senté en algunas terrazas, recordé mi niñez al ver las viejas películas que los "cines" exhiben a bajo precio en estos meses, y una tarde que estaba más ocioso que nunca, recordé de repente:

—¡Andal! ¡Pues no he pasado ni una sola vez ante la casa de Garamendi! Y únicamente para poder decirle que había hecho lo que me pidió, me acerqué al teléfono y marqué su número.

Of el ruido del timbre.

—¡Trrr!... ¡Trrr!...

Y... nada más.

Una voz desconocida contestó.

—¡Diga!

—¿Cómo "diga"? —exclamé, extrañadísimo—. ¿No es ésa la casa del señor Garamendi?

La voz se agudó, y exclamó con una alegría artificial:

—¡Sí, sí! ¡Es aquí, es aquí! ¿Cómo está usted? Me quedé estupefacto.

—Oiga, —dije:— ¿me hace el favor de decir qué está haciendo...? Siguió un silencio embarazoso.

—¿No es usted un ladrón?

Nueva pausa.

—Bueno —dijo la voz, ya con acento natural—. La verdad es que, efecto, soy un ladrón.

—Pues, eso me fastidia; porque tengo mucha amistad con el señor Garamendi y me encargó de vigilar su casa. ¿Qué le voy a decir?

—Puede usted contarle lo que pasa —contestó la voz, un poco acobardada.

—¡Bonita ideal! —protesté—. ¿Cómo voy a confesarle que estuvimos hablando? Y usted como idiota contestó...

—Fue un impulso espontáneo —se disculpó—. Estaba aquí, el teléfono sonó y automáticamente lo contesté. Yo también tengo teléfono, y lo costumbre...

—¡Vaya un conflicto!

—Lo siento de veras.

—Y si le mando dejar todo y entregarse a la Comisaría más próxima...

—No; no lo hago. ¿Para qué engañarle?

—Al menos, dígame: ¿Se lleva usted mucho?

—No, una porquería. Perdóne si le ofendo, pero ese amigo de usted no tiene nada de valor.

—¡Hombre, no me diga...! La escribanía de plata es maciza y valiosa.

—Ya está en el saco, y unas alhajas y el puño de oro de un bastón y dos gabanes de invierno. Nada más.

—¡Vio usted una bandejita de plata en el comedor, con unas flores en relieve?

—Sí.

—¿Está en el saco?

—No. Las otras, sí, pero ésta no es de plata, es de metal blanco.

—Bien; pero sin embargo es bonita.

—No vale nada.

—Llévesela usted.

—No quiero.

—¡Llévesela usted, idiota! ¡Si la deja, él va a darse cuenta de que no es de plata! Y... yo se la regalé!

—Bueno... por hacerle un favor; pero sólo por eso.

—¿Recorrió usted toda la casa? Yo no conozco más que el despacho.

¿Bonito, no?

—¡Pschl! Muchas pretensiones; poco gusto. Debe de ser un caballero roñoso.

—Es triste; pero no lo puedo negar. Y también es cierto que no tiene gusto.

- Yo tengo la costumbre de visitar casas bien amuebladas° y le aseguro que ésta es la... calamidad.
- ¡Vaya, señor! Siempre me pareció que Caramendi presumía demasiado. Ahora... la alcoba de la señora... Caramendi dice que le costó una fortuna. ¿Cómo es? ¿Cómo es?
- No me fijé en detalles... ¿Vuelvo a ver?
- ¡Oh, por Dios! No me gusta chismear°. Era por... qué sé yo°.
- Lo que encontré allí fueron pieles° bastante buenas.
- Lo creo. Tiene una capa de renard°.
- Está en el saco. ¿Le gustaba a usted?
- Le gustaba a Albertina... mi novia. Un día vinimos a la señora de Caramendi con su capa, y Albertina no habla de otra cosa. Creo que me quiere menos, porque no puedo regalarle unas pieles de zorro° como éstas.
- ¿Quién sabe?
- Un silencio.
- Oiga... señor.
- Dígame.
- Si usted me permite, yo tengo mucho gusto en ofrecerle esas pieles...
- ¡Qué disparate°!
- Nada... usted parece muy simpático y...
- Pero... ¿cómo voy a consentir...?
- Entonces, se las ofrezco a Albertina. Ahora usted tiene que aceptárlas. Piense en la alegría que va a tener ella.
- Sí, eso es cierto.
- ¿Adónde se las envió?
- Le di mi dirección.
- ¿Manda usted algo más?
- Nada más. Y le agradezco mucho. Buena suerte.
- Gracias, señor.